

PARA UN ESQUEMA DE "DON JUAN"

A la vez que literario, la figura de Don Juan es un tema vital. Don Juan forma parte de ese conjunto mínimo de valores perennes, de dimensión universal, que pertenecen como decía Ortega a la noche del alma: allí desde su altura de constelación, estos valores acompañan al hombre siempre y el hombre se contempla en ellos y ellos le devuelven su imagen con sus pálidos reflejos de estrella. Pero en esta constelación la estrella de Don Juan ocupó un puesto peculiar: parece ser la más cercana a nosotros y es, sin embargo, la que nos devuelve reflejos más equívocos.

Uno de los primeros, o mejor, el primer problema que plantea su figura es éste sin duda, así como es exacta, sin duda también, la solución arrojada: a la vez que literario, el tema de Don Juan es vital. Está más en contacto con la vida misma que ningún otro y de aquí la frecuencia con que a él se acude, aunque precisamente por su vitalidad sea imposible de recoger totalmente. Lo mismo que a las mujeres, como un espejismo, fascinó siempre primero la mirada del artista para saber escapar después a la monotonía de una sola interpretación. Es como un mármol muy abundante, inagotable, pero tan difícil de tallar que cede inmediatamente a los golpes del escultor y, sin que él mismo se dé cuenta, va perdiendo al labrarlo sus más ricas posibilidades. De aquí por un lado el sinnúmero de versiones donjuanescas y por otro el hecho de que ninguna agote la cuestión.

Nada más cierto, indudablemente. La figura de Don Juan está profundamente unida a la vida humana, es un avatar de la existencia y lo veremos con ella transmigrar y evolucionar de época en época y nación en nación, luciendo cada vez, como quien se cambia de traje, los colores de una moda. No quita ello la posibilidad de un Don Juan relativamente definitivo, como hay un Fausto o un Hamlet, pero aquí se trata únicamente de trazar una síntesis de su figura que nos permita no perdernos en la multitud de versiones casi caótica que hallamos en la literatura universal y discernir claramente el auténtico Don Juan del pseudo-tenorio.

Luz que engaña, que ciega cuando alumbra. No se puede olvidar nunca el continuo equívoco que Don Juan lleva consigo. Basta observar la serie inmensa de interpretaciones surgidas, incluso contradictorias entre sí, desde el turbulento *Burlador* al tipo original de Bernard Shaw, o cómo la rapidez de concepción malogró en parte las obras más geniales —Tirso, Molière...—, mientras la falta de visión o de temperamento —recuérdese el caudal de versiones positivas, de matiz social— ha impedido la realización de otras. El mismo Byron, Don Juan por excelencia, se vió a sí mismo transtornado.

Cediendo a la primera impresión que abrumba, cabe pensar en una síntesis

sis de la figura del *Burlador*. Precisamente los tipos que se contradicen permiten discernirlo mejor, pero la dificultad mayor no es ésta. El peligro reside en que el esquema, trazado sin las precauciones debidas, quede limitado a un plano puramente conceptual. Don Juan es vida, la vida misma y, como ella, no puede someterse al rigor de un sistema. Es algo palpitante, que se mueve sin cesar, y un esquema rígido sólo recoge lo inanimado. Un ejemplo lo encontraríamos en el siglo XVIII, esclavo de la razón, época en que todo adquiere un frío corte neoclásico y en donde la línea de interpretaciones de Don Juan culmina en un Valmont tan inverosímilmente racional que sólo se mueve en un marco de teorías. Por eso al trazar la síntesis de su figura se necesita un cuidado sumo y cautela especial, procurando ordenar sin forzarlos los caracteres observados.

Les distingue de los demás a dos caracteres que presenta, algo que es fundamental. Constituyen los dos aspectos cardinales de su figura, alrededor de los cuales nacen y se desarrollan una serie de notas de categoría secundaria. Uno de estos dos aspectos es más bien externo, epidérmico pudiera decirse; el otro ofrece mayor profundidad. El primero de ellos fué advertido por todos los autores, aun los de personalidad inferior, y es sin duda, el que antes salta a la vista: la sed inagotable de placer, su inextinguible apetencia y el deseo insaciable de toda mujer. Y aquí encontramos la primera contradicción, porque Don Juan es todo contradicción y paradoja (y tal vez ahí radique la dificultad de recoger su figura). Aunque toda su vida sea loco devaneo, puro egoísmo, presenta, sin embargo, motivos de admiración: figura de noble linaje —su origen es un mito y está emparentado con los dioses—, no puede perder su elegancia innata. El común de los mortales se lanza como él al placer voluptuoso, pero inmediatamente Circe los toca con la vara y los convierte en cerdos. En cambio, Don Juan tiene en su frenesí un sentido de la contención, un autodomínio que lo hace admirable; se acerca al placer como gran señor y nunca como esclavo; jamás se entrega al amar y siempre se pertenece a sí mismo. Continuo vigilar y estado de alerta que Maeztu comparaba a un pie de guerra perpetuo citando su frase: “me vencerán si no las venzo”. Y un segundo contraste: en el caudal de sus conquistas, hay una cierta desdicha junto a su gloria mayor. Por un lado será un principio inagotable de energía masculina que lo impulsa a multiplicar sus aventuras, principio que indudablemente tiene su gran valor biológico. Pero por otro lado la pluralidad de sus conquistas supone cierta desdicha para él. Esto, aunque con cierta exageración, lo vieron bien los románticos al pintarnos un Don Juan torturado persiguiendo el fantasma de una vana ilusión que nunca logra alcanzar. Va en busca de una quimera: el amor verdadero; algo tan irreal que se le va de entre las manos, por más que una y otra vez se contemple, exasperado, en las pupilas amorosas de una amada estremecida. Este primer aspecto fundamental es tan importante como para Sansón su cabellera: en cuanto su Dalila se la arrebató dejará de ser Don Juan. Y en cuanto deja de serlo, pierde su calidad

de mito. Acabará convirtiéndose no ya en el enamorado de doña Inés, sino en el protagonista de una curiosa serie de trabajos positivos sobre "la vejez de Don Juan", olvidando que el *Burlador* no está forjado con el barro ordinario de los mortales, sino que como los grandes héroes —como Aquiles, como Hector, como Sigfrido— ha de morir "amado de los dioses", antes de que las arrugas surquen su rostro o la nieve de la vejez salpique de blanco sus cabellos.

Tiene en su torno esta primera nota toda una serie de caracteres. Siguiendo el sistema de contrastes, veríamos por ejemplo, la simpatía irresistible que despierta Don Juan en su gran egoísmo. Tal vez lord Byron, la más perfecta encarnación histórica de su figura, también egoísta y seductor a la vez, nos da la clave de la antinomia en su poema al hablar de que así como las olas se diluyen en la arena, del mismo modo las pasiones, llevadas a su último extremo, se resuelven en poesía. Esto se manifestará en el aire andaluz de nuestros donjuanes, el aticismo exquisito de la versión de Molière, que nos presenta un refinado "dilettante" del amor, o la mirada soñadora que reviste de nostalgia las interpretaciones románticas. Otro contraste se encierra en su desprecio a los demás y la generosidad que le acompaña.

Al tocar este último rasgo del *Burlador* destaca el de los medios innobles que usa para sus fines o la mofa de su padre, frente a un pundoroso sentido del honor que conserva como un tesoro. Sentido del honor que le causará la ruina final cuando el Comendador le pide: "Dame la mano. No temas". (Y he aquí otra paradoja que advirtió Américo Castro; la estatua, instrumento de la justicia divina, utiliza al tenderle la mano un procedimiento sinuoso, porque ¿cómo le dice que no tema si piensa arrastrarlo al infierno?). Pero todo ello viene a centrarse en un segundo aspecto fundamental, de mayor profundidad, que únicamente Ortega destacó en todo su valor. A primera vista la vida de Don Juan es todo alegría y buen humor. Lleva un ritmo acelerado, de "fuga" musical y sólo deja advertir su vértigo de acción, de loca aventura, con un estrépito de orgía. Y en este torbellino Don Juan triunfa siempre, la fortuna invariablemente le acompaña y él se ríe del cielo y de la tierra. El mundo toma así un aspecto de baile de máscaras en donde continuamente resuena la risa alegre del *Burlador*. Pero —y Ortega lo hacía constar con éstas o parecidas palabras— no sucede tal. Don Juan se está jugando a cada instante la vida y con ella la eternidad, y cuando ríe, a su alegre carcajada responde un eco siniestro, como un entrechocar de dientes que produce escalofríos: la risa de la muerte, su más fiel amante, cuya caricia, fría como las aguas de un lago, es el contrapunto de su placer. Contraste dramático, como de luz y de sombra, de claroscuro, que encierra la grandeza y la tragedia de Don Juan y culmina en el momento de estrechar la mano al Comendador, cuando la carne caliente se junta con la piedra fría y lo finito entra en contacto con la eternidad. Y cuando se debate exasperado, cubriendo a golpes de daga el espacio que le

rodea, lo vemos encarnando el fatal equilibrio del placer y el dolor, diametralmente opuestos, la limitación de una culpa de origen y, en último término, el género humano sacrificando su eternidad a la fugacidad de un instante, a la brevedad de un momento de placer pasajero: angustia infinita, sabor a pecado en donde se cifra y compendia toda la magnitud y la tragedia entera de Prometeo eternamente encadenado. Es la admiración y el espanto que nos causa el *Burlador* en su gesto rebelde, pavoroso y patético de violenta retorsión que halla eco en su eterno lamento. Admiración y espanto, porque llevado a su último extremo viene a repetir en el hombre una tragedia de horrible belleza: la negación de Luzbel, cuando el que todavía era el más bello de los ángeles comenzaba a ser el más horroroso de los demonios.

MANUEL GARRIDO GIMÉNEZ

